





















dirigentes del hospital. Había una cabina pública a la que los enfermos, pese a la prohibición, subían a hurtadillas de vez en cuando desde el sótano, por lo que la dirección del hospital, de manera sumamente ingeniosa, selló con un candado la puerta.

Esperaba que su mujer fuese a verlo. Con una nariz que se asomaba hasta el labio superior, había viajado siempre en la parte del tranvía reservada a los no judíos, y jamás se había asustado cuando los Cruces Flechadas le pedían su documentación: mirándolos de hito en hito, cogía los papeles falsos entre sus largas uñas pintadas de rojo y se los entregaba con desdén. Y aquello surtía efecto. Pero Kati no venía. Era posible que en otras partes de la ciudad también hubiese enfrentamientos.

Fuera debía de reinar un caos enorme, la constitución del Gobierno cambiaba a diario, cada día surgían nuevos partidos y se creaba una multitud de comités. Los enfermos, los médicos, los enfermeros y los nuevos pacientes refutaban o corroboraban las noticias más absurdas. Él trataba de no dar crédito a nadie, de no pensar en absoluto.

En la plaza de la República habían rodeado el edificio del comité del Partido en Budapest, habían linchado a algunas personas y estaban cavando en busca de unas mazmorras en las que se torturaban prisioneros. Cavaban asimismo en la plaza Jászai Mari, junto a la Casa Blanca, el edificio del Ministerio del Interior, donde también había mazmorras, ¡cómo iba a ser de otro modo!, si eso hasta figuraba en los periódicos. De allí se llevaban los cuerpos de los torturados para arrojarlos directamente al Danubio. Los periódicos los traían los médicos de urgencias. Decían que ni los insurgentes ni las tropas disparaban contra las ambulancias, con sus banderitas de la Cruz Roja asomando por la ventanilla.

Zoli Kállai sostenía que había logrado hablar con Kati